

ECOLOGÍA Y DESARROLLO SUSTENTABLE

(Artículo para la etapa de discernimiento, camino al 3er. Congreso Latinoamericano de jóvenes)

Lucas Spigariol

Ecología es un término que desde hace unos años está de moda. Bienvenido sea si crea oportunidades para abordar el tema, incluso bienvenido a la Pastoral de Juventud, donde no ha tenido históricamente un gran desarrollo; pero el peligro de las modas es vaciar de sentido las palabras, usarlas rápidamente sin la densidad y complejidad que encierran. Despegándose un poco de cierta interpretación exclusivamente naturalista que se ha hecho de dicho término, está en auge actualmente “desarrollo sustentable”, que aparece como una categoría más amplia, que permite incluir con mayor facilidad una mirada económica, social y por qué no, también política.

Las siguientes líneas intentan problematizar estas categorías desde una mirada creyente, revalorizando su sentido más profundo desde una experiencia de religiosidad que entiende a la persona como un ser más dentro de la creación que tiene la responsabilidad de ser su “cuidador” más que su “dueño”, y con una perspectiva crítica que permita explorar los mecanismos, estructuras y conflictos que se esconden detrás de su simple enunciación.

Los intereses ocultos

Durante años, parecía que hablar de ecología era cosa de algunos pocos locos sueltos, incluso parecía un tema inofensivo. Desde los sectores más combativos parecía como una preocupación superficial, o su abordaje un lujo de quienes tenían ya resueltas las necesidades básicas, o de quienes le escapaban a la política, al conflicto, a la lucha para refugiarse en asuntos más políticamente correctos. ¿Quién puede afirmar abiertamente que está en contra del cuidado de la Naturaleza?

Pero esto no es así en la actualidad. Mejor dicho, cabe reconocer que para no pocos aún la ecología no es más que un interesante pasatiempo, pero para quienes abordan en serio la problemática es muy diferente, porque dispara una serie de planteos que abarcan muchas dimensiones de la vida social, como la religiosidad, la economía, la salud, la política, etc. En este sentido, incluso los partidos políticos llamados casi despectivamente “verdes” han asumido en muchas partes del mundo una actitud protagónica y combativa que despierta la envidia de más de un partido de los que se autodefine como progresista.

Parafraseando a don Helder Camera, quien decía “cuando doy un pan a los pobres me dicen santo, pero cuando pregunto por qué hay pobres me dicen comunista”, con el medio ambiente pasa algo parecido: cuando se pasa de atender “solidariamente” las consecuencias a cuestionar “políticamente” las causas, cuando se disipa el humo de los fuegos artificiales mediáticos y se ve la complejidad de la problemática, cuando se cae la ilusión de que “todos queremos salvar al planeta” y se descubre que hay actores sociales en juego que lo que quieren salvar es su bolsillo, no es raro encontrarse con que los elogios se transforman en descalificaciones.

Detrás de todo problema ecológico hay un interés económico -por no decir unos cuantos- y para entenderlos en su complejidad hay que inscribirlos en el marco de las desigualdades y asimetrías de la estructura económica capitalista que predomina en la actualidad. Los países que más contaminan son los que mayor poder de consumo detentan, el llamado primer mundo. No son casuales sus resistencias y negativas a firmar los tratados de limitación de emisiones contaminantes, aún siendo relativamente modestas las exigencias que plantean. Es cierto que ha habido un creciente interés en la mayoría de los estados nacionales por establecer políticas públicas que reglamenten las actividades económicas de forma de proteger el medio ambiente, pero sin dudas que son insuficientes, y muchas veces burladas por intereses más fuertes. También sucede que las reglamentaciones son diferentes según los países y los capitales se mueven en función de dónde encuentran más recursos disponibles: Siendo ya escasos los recursos naturales que aún quedan en Europa o Estados Unidos, el tercer mundo y en particular América Latina surge como un botín cada vez máspreciado. No es novedoso afirmar que la mayoría

de los países del tercer mundo basan su economía en la exportación de materias primas: minerales, petróleo, alimentos, los llamados commodities, -a los que probablemente se sumará en un futuro el agua y el aire- e importación de productos industriales, tecnología y otros bienes con mayor valor agregado. Ya lo decían las teorías de la dependencia de los años 60 y 70, lo asumía Medellín denunciando las injusticias que esto significaba para los pueblos latinoamericanos y sigue teniendo vigencia.

El difícil equilibrio

Cabe reconocer que toda actividad humana provoca un impacto sobre el medio ambiente, modificándolo en mayor o menor medida, alterando alguna de sus variables, introduciendo desequilibrios, y que la naturaleza tiene sus propios mecanismos para adaptarse a los cambios, tendiendo a establecer nuevos equilibrios. Pero no abusemos... Los seres humanos estamos sobrepasando largamente todos los límites y las consecuencias están a la vista. Peor aún, hay numerosos daños ya ocasionados, cuyos efectos los veremos en el futuro –o mejor dicho los verán nuestros hijos y nietos- cuando ya sea tarde para remediarlos. Los tiempos de la naturaleza no son los de las transacciones financieras.

En toda actividad productiva se puede buscar la manera para que el impacto sobre el medio ambiente sea el menor posible, ya sea introduciendo más tecnología, tratando desechos, modernizando los equipamientos, reduciendo volúmenes o intensidades, pero seguro que resulta más caro, que los rendimientos y los márgenes de ganancia disminuyen y que ese costo adicional directa o indirectamente, total o parcialmente, termina trasladándose a toda la sociedad. Esa es la discusión de fondo.

Es una cuestión donde todos somos responsables, pero con diferentes grados de responsabilidad. Los sectores con mayores ingresos tienen que entender que es necesario un cambio en su estructura de consumo. Quienes toman las decisiones estratégicas de las grandes corporaciones tienen que asumir una responsabilidad empresarial real que garantice la protección del medio ambiente aún a costa de bajar sus rendimientos.

Sin caer en los extremos de un puritanismo ecológico del estilo de no tomar medicamentos para no dañar a los “hermanos” microbios ni hacer una apología de la depredación, tenemos que encontrar una medida razonable de convivencia con el medio ambiente. “Desarrollo sustentable” pretende ser una fórmula por la que sin dejar de fomentar el desarrollo de la industria, la producción, la tecnología, se puede mantener en el mediano y largo plazo un relativo equilibrio con el medio ambiente.

Lo que pasa es que es iluso pensar que esto suceda espontáneamente. Por eso, retomando lo dicho antes, uno de los caminos es recuperar el rol de los Estados como reguladores legítimos que ponen freno a intereses económicos sectoriales en defensa del medio ambiente entendido como bien común de la sociedad. Los movimientos y organizaciones sociales de todo tipo, incluidas las iglesias, a la vez que exigen a los gobiernos más decisión y claridad cuando se muestran indiferentes o cómplices frente a los problemas, también tienen el desafío de sostener y acompañar sus intervenciones cuando asumen iniciativas de mayor control o presencia.

Algunos casos

En Argentina, hace ya unos cuantos años hubo una experiencia paradigmática con La Forestal en el chaco santafesino. La empresa arrasó con el bosque nativo, terminó su negocio y se fue: hoy es una zona prácticamente desértica. En la actualidad, con la extensión de la frontera sojera pasa algo similar. No sólo por el desmonte en sí, lo que ya es grave e irreversible, sino por sus consecuencias: No es lo mismo para el delicado equilibrio del clima de una región tener una abundante vegetación, con su variada flora y fauna, que tener una parte del año todo el terreno cubierto con una oleaginosa que en su mejor época no pasa de un metro de altura y otra parte tener la tierra pelada. El agravamiento de las inundaciones y sequías no es casual.



Otro caso similar se da en relación a las plantas pasteras, tanto las localizadas a orillas del río Uruguay que tanta tensión han generado en ambas orillas, como las tantas otras que hay diseminadas en el continente. Además del problema de la contaminación directa, que es el efecto más inmediato, hay consecuencias a largo plazo: No es lo mismo un bosque natural, aunque tenga zonas más frondosas y otras más raleadas, aunque combine matorrales con claros, que un prolijamente alineado bosque artificial de eucaliptos, todos de la misma altura, que cada varios años se lo tala por completo y vuelve a empezar. La fauna desaparece, el agua escasea, los arroyos se secan, debajo de los eucaliptos, amontonados peor que sardinas en lata no crecen ni los yuyos.

¿Hasta cuándo vamos a exprimir la tierra? En esto tenemos mucho que aprender de los pueblos originarios que desde hace milenios han encontrado una forma armoniosa de convivir con su medio ambiente, o mejor dicho, sentirse parte de él. Ciertamente no se trata de replicar sin más su modo de vida, pero sí de recuperar elementos valiosos de su cosmovisión que nos permitan establecer un vínculo más estrecho con la naturaleza, reconciliarnos con la tierra, revalorizar la vida natural.

La mirada bíblica

Buscando en la Biblia, un elemento clave para pensar la relación del hombre con la naturaleza es en el texto comúnmente llamado de la creación. En realidad son dos relatos, con la particularidad de que el más antiguo cronológicamente está ubicado después del otro, en el capítulo 2 del Génesis y generalmente pasa a un segundo plano. Ambos relatos tienen diferencias significativas: mientras que en el más antiguo se habla de un jardín del cual el hombre se sugiere como cuidador, como jardinero, en el otro aparece con más fuerza la idea de dominación del hombre sobre la creación. Esto no es casual si entendemos el contexto en el cual fueron escritos —el relato de la dominación proviene del momento monárquico del pueblo de Israel y fue escrito por la casta sacerdotal, aliada del poder político de entonces— y lamentablemente fue utilizada muchas veces como legitimación de una actitud destructiva hacia la tierra. Entonces, una relectura del segundo relato nos da fundamentos para comprendernos como humanidad con mayor responsabilidad en el cuidado de la creación, nos invita a sentirnos “parte de” y no “por arriba de”, en definitiva, a darnos cuenta que nuestro destino está atado al de la naturaleza.

Afirmar que por asumirnos parte de la naturaleza el daño que a ella se le causa se nos causa a nosotros, no es un sentimentalismo de “pobre perrito...” o un “hacer de cuenta que”... es real, es tristemente real. La destrucción que el hombre hace del medio ambiente provoca innumerables problemas, como migraciones internas, enfermedades, falta de alimentos sanos, catástrofes naturales, y quienes lo sufren más son los más pobres, como de costumbre. ¡¡Por eso es un grito que clama al cielo!!

Por una juventud madura

Por último, y más en clave de opinión, se entiende que a los niños se les enseñe a apagar las luces, a no usar hojas de más, a cuidar a las ballenas, etc., está bien. Crea conciencia. Ayuda a pensar. Pero es sólo el comienzo, y un comienzo acorde a los criterios y capacidades de comprensión infantiles. Un joven, un adulto, tiene que ir más allá. Una pastoral de juventud madura debe dar otros pasos más jugados, tener iniciativas más estructurales, implicarse políticamente y ayudar a generar conciencia que la complejidad del problema requiere soluciones necesariamente conflictivas.